

V. Blasco Ibáñez
Podredumbre con corona
(*Vida Nueva*, 27-8-1899)

Rompió la marcha doña Elvira, la apasionada hija de don Carlos, y desde entonces que las fugas de princesas más o menos reales con amantes vigorosos y solícitos reviste el carácter de una epidemia contagiosa.

En poco más de un año ha encontrado muchas imitadoras el ejemplo de la hija del pretendiente que se fuga con el pintorzuelo Folchi. La princesa de Caramán Chimay abandonó esposo e hijos para tomar las de Villadiego con un tal Rigo, violinista húngaro, feo como un demonio, soez como un mozo de cordel, pero que goza gran fama por el vigor con que sabe rascar tripas, lo mismo las de su violín que las ajenas. Otra princesa de Caramán Chimay (¡familia predestinada!), a pesar de las conveniencias propias de una mujer soltera, se ha mostrado con el mayor impudor amancebada con su cochero. Y luego, finalmente, la princesa Luisa, hija del rey de Bélgica y casada con el archiduque Felipe de Coburgo Ghotá, del cual tiene dos hijos que son ya casaderos, se ha fugado de Viena en compañía de un oficial de húsares a quien dedica todos sus ardores de jamona sensible.

Ahora solo queda preguntar: ¿a qué princesa le toca fugarse en la semana próxima?

No es nueva la corrupción de esas clases elevadas que se sientan en el trono o brillan a su sombra. Siempre en la vida social, al revés de lo que ocurre en la naturaleza, ha sido más corrompido el ambiente de las alturas que el de las profundidades donde se amontonan los pobres y los humildes.

Las ramerías más repugnantes que aparecen en la historia, reinas fueron, y en las cortes es donde se han desarrollado esas locuras o perversiones de la pasión carnal que recuerdan las monstruosidades de Sodoma.

Nada tiene de original esa fuga de princesas. Su única novedad consiste en que antes esta clase de sucesos quedaban ocultos por la complicidad y la adulación, mientras que ahora la publicidad de la prensa y el espíritu democrático del siglo se encargan de esparcirlos a los cuatro vientos.

Y hay que tener en cuenta que todavía la curiosidad de la época no ha logrado penetrar del todo en algunos hogares regios, pues de lo contrario saldrían a luz los más inauditos escándalos, y las gentes honradas tendrían que alejarse tapándose las narices, como cuando se descubre una cloaca.

La vida de los palacios es una escuela de inmoralidad.

La honradez y las virtudes domésticas que en el pueblo son regla general, apenas si por rarísima excepción se encuentran en las alturas.

Esas princesitas encantadoras que sus aduladores y cortesanos califican poco menos que de ángeles, crecen y se educan sabiendo que el regio papá tiene fuera de casa sus favoritas, sorprendiendo al descuido alguna aventurilla de la mamá; sin otra moral que la acomodaticia y benévola de sus confesores los jesuitas que llaman dulcemente pequeña falta al mismo hecho que, cometido por un infeliz del pueblo, califican de terrible pecado; las casan por razones de familia con hombres gastados, incapaces del cumplimiento matrimonial, y a los que no les une afecto alguno, y el resultado es que la espiritual princesa se escapa como una *cocotte* con el primero que se presenta: un oficial, un músico bohemio, un cochero y hasta un negro, pues lo importante es que sea muy hombre y haga sentir muy hondo.

La corrupción domina de tal modo los palacios, que abraza con sus fétidos brazos a los dos sexos. A las mujeres les da atrevimientos varoniles, audacias aventureras, y cuando menos las aficiona a vicios impropios del sexo y que demuestran vehementes deseos de romper con las conveniencias, haciendo lo que aquí en España solo se atreven a hacer las mujeres que se han echado la vergüenza a la espalda. Ejemplo: la reina de Rumanía y otras que, según dicen bien informados cronistas, fuman con sus damas enormes tagarninas y pasan las horas como aquellas señoras de la novela *Pequeñeces*, echando humo y escupiendo mientras hablan de sus «asuntos».

En los hombres nacidos en los palacios, esa corrupción del ambiente se manifiesta con estúpidos anhelos de falsificar la naturaleza con aficiones repugnantes y monstruosas, sobre las cuales fuera incorrecto insistir. Ese violinista Rigo que ahora apaga la sed amorosa de la histérica princesa de Chimay, y a quien sin duda por la valía de prendas que oculta nunca faltan parroquianos, dio mucho que hablar hace algún tiempo como amigo íntimo del príncipe de Jablonowski, un gran señor muy miedoso, tanto, que jamás quería acostarse sin tener cerca a un húngaro.

¡Y toda esa taifa de histéricas y degenerados, de mujeres sin honor y hombres sin vergüenza, son los que representan en Europa el derecho divino y la autoridad y la religión!

¡Y ellos son los que llaman bandidos y canallas a los pueblos, cuando ansiosos de moralidad y justicia barren tanta podredumbre con la escoba de la revolución!

Nacidos en más baja esfera, no habría familia honrada que quisiera oír hablar de tales rameras y rufianes, pero son príncipes, son hijos de reyes,

circunstancia que muchas veces ha equivalido a no saber quién es el padre, y esto basta para que se tienda un manto protector sobre sus vicios y para que aún queden imbéciles dispuestos a romperse la crisma por los intereses de tan despreciable gentecilla.

Lo que más indigna es la complicidad de una parte de la sociedad con el vicio que se cobija con una corona de rey o de príncipe.

La infeliz mujer que falta de trabajo, víctima de la deficiencia de educación y empujada por la miseria se rinde sin amor a la seducción, al «oro infame», como decía Víctor Hugo al cantar a la mujer caída, es una pérdida, una viciosa, un ser privado de redención, y hay derecho a escarnecerla públicamente.

La princesita que se prostituye por vicio, por la concupiscencia que bulle en su sangre y por el mal ejemplo de sus padres, a esa, ya es sabido, se le concede el mismo salvoconducto que a los sacerdotes que faltan escandalosamente a sus deberes, y para justificar su conducta dicen los imbéciles a coro: «Se tiene la certeza que están perturbadas sus facultades mentales».

¡Ira de Dios! Y aún hay quien sueña con destruir las escasas libertades que gozan los pueblos, y resucitando el poder absoluto quiere confiarlo sin trabas ni límites a familias que nosotros los plebeyos, los pobres, los de sangre roja, no dejaríamos que entrasen en nuestros hogares, temiendo que corrompiesen a la mujer y los hijos.

Buen fin de siglo para los representantes de la tradición y del derecho divino. Sus mujeres y sus hijas se escapan con el primero que se presenta. Hay que darle gracias a la inmoralidad. Así se convencerán todos de que si por excepción hay en los palacios alguna mujer virtuosa como lo son las del pueblo, la mayoría resultan de lo más perdido y repugnante.

Catalina II, aquella emperatriz caprichosa a la que llamaban la «Mesalina de Rusia», era el verdadero tipo de la mujer criada en atmósfera regia.

Tenía al menos el valor de mostrar claramente su descoco, y un día en que desde un balcón de su palacio de San Petersburgo veía desfilar un batallón de gallardos granaderos, la dama que le acompañaba, leyendo en el brillo de sus ojos, la anunció con la confianza de la intimidad que adivinaba su pensamiento.

—Vuestra majestad —dijo la dama contestando tras muchos ruegos— piensa en lo agradable que sería que todos esos buenos mozos, con su hermosura, su vigor y fiereza, se fundiesen en uno solo, que sería el tipo acabado de la belleza varonil.

—Has acertado —contestó riendo Catalina—; y que ese hombre hiciese guardia esta noche a la puerta de mi cuarto.

Y Catalina II fue considerada por sus contemporáneos como una gran reina, pues a latigazo seco mantenía bajo su poder absoluto a millones de familias honradas.